

JOAN BENACH, GEMMA TARAFÀ,
y ALBERTO RECIO (coords.)

SIN TRABAJO,
SIN DERECHOS,
SIN MIEDO

Las reformas laborales y sus efectos
sobre el trabajo y la salud

Prólogo de Manuel Cañada

Icaria ✿ ASACO

Índice

Prólogo. La dignidad vence al miedo <i>Manuel Cañada</i>	15
I. La ruta del capital y el abismo de las reformas laborales, <i>Joan Benach, Pere Jódar, Ramon Alós, Gemma Tarafa, Mireia Julià</i> . . .	24
Las «esencias» del proceso histórico capitalista.	26
El «capitalismo dorado» de la postguerra . .	28
El ascenso del neoliberalismo y el «retorno» del capitalismo.	30
El mercado laboral «flexible» genera precariedad	31
La permanente reforma laboral española . .	33
II. Derechos laborales en peligro de extinción. . .	38
<i>Alberto Pastor, Manel Luque</i> La última reforma laboral	38
Privatizar la intermediación en el mercado laboral, aumentar la permisividad de la contratación temporal	40
Más poder al empresario para cambiar las condiciones de trabajo	42
Abaratamiento y discrecionalidad en los despidos.	46

Reducción de la tutela colectiva	48
Una valoración final.	50
III. Una reforma NI-NI: ni crea empleo, ni reduce la desigualdad, <i>Albert Recio Andreu</i> .	53
Medir el empleo no es algo simple.	55
Teorías económicas para justificar la reforma laboral.	55
Facilitar el despido es promover el desempleo	57
Bajan los salarios no baja el paro	58
«Desguazar» la negociación colectiva y aumentar las desigualdades.	62
Una «máquina»de fabricar desigualdades. .	65
IV. Menos poder en la empresa significa «peores condiciones de trabajo», <i>Pere Jódar, Ramón Alós, Joan Benach</i>	70
Una gestión del trabajo autoritaria con menos control obrero.	71
«Individualización» de las relaciones laborales: mayor poder empresarial	78
V. Reformas laborales tóxicas para la salud	81
<i>Joan Benach, Neus Moreno, Carles Muntaner, Salvador Moncada, Clara Llorens, María Menéndez, Gemma Tarafa</i>	
Más desempleo, precariedad laboral e informalidad	83
Peores condiciones de trabajo, menos participación y más «presentismo» laboral .	85
Más pobreza y más desigualdad social . . .	89

VI. Juntos podemos cambiarlo, <i>Albert Recio,</i> <i>Amat Sánchez, Vicente López, Laia Ollé,</i> <i>Joan Benach</i>	91
Las alternativas deben crecer	93
No estamos solos, sabemos lo que queremos	95
Junt@s, sin miedo, en lucha.	101
Referencias bibliográficas	106
Páginas web de interés para profundizar en el contenido del libro	107

Prólogo

La dignidad vence al miedo

Manuel Cañada*

No son aún las doce de la noche y en la cola, delante del banco, ya hay decenas de personas. Es la noche de los cajeros. El día 9 de cada mes, a esa hora, miles de parados van a sacar los ingresos del subsidio de desempleo. A las doce de la noche el INEM hace la transferencia y los parados se apresuran a evitar que el banco les incaute los fondos para pagar alguna de las deudas, de la casa, la luz, el agua, la seguridad social...

Otro escenario: el del Banco de Alimentos de Badajoz. La presidenta, doña Carmen de Aguirre, supernumeraria del Opus Dei, muestra orgullosa el almacén a los miembros del Campamento Dignidad. «¿Y en esas cajas qué hay?», pregunta uno de ellos, interesándose por una enorme pila de envases cerrados y sin identificación alguna. La presidenta se pone misteriosa y susurra el secreto: «Esas cajas son para los que les da vergüenza. Se les hace llegar a través de las Cáritas locales».

*Educador social y activista político. Miembro de los colectivos Frente Cívico y Campamento Dignidad de Mérida, militante en los partidos PCE e IU y el sindicato CGT.

Son solo dos estampas de la nueva cotidianidad. La primera, la autodefensa frente a la desposesión de lo más básico; la segunda, la organización y reproducción de la vergüenza. Son apenas dos esquirlas de la guerra social que ya se libra ante nuestros ojos. Porque estamos en guerra, aunque no queramos verlo, aunque sigamos aferrándonos a las enternedoras palabras de «los tiempos de bonanza», aunque queramos seguir arrullados en la dulce rosquilla de los sueños, balbuceando, otra vez más: contrato social, Estado del bienestar, modelo social europeo y lindezas similares.

«Lo primero es captar la profundidad de los procesos que están teniendo lugar bajo el capitalismo neoliberal», dicen los autores del riguroso libro que el lector tiene en sus manos. El capitalismo está mutando. Desde 1973 ya barruntaba grandes transformaciones. Y tras la caída del muro de Berlín en 1989 prometía colmarnos a todos con mercancías nuevas. Pero ha sido, apunta Claudio Katz, «el temblor global de 2008» quien, definitivamente, ha desatado la guerra, la gran revolución del capital. Formas nuevas de fascismo llaman a la puerta.¹ La dictadura de las mercancías, para imponerse, necesita de la dictadura sobre las personas.

Compulsivamente, el capital va poniendo patas arriba todo lo que parecía inamovible. La educación, la sanidad y las pensiones, las famosas líneas rojas del Estado del bienestar pasan a ser nuevos nichos de negocio. La intocable Constitución se reforma con «agostividad» y alevosía para amarrar los sacrosantos intereses de los ban-

cos. Las cajas de ahorro se «bancarizan», son despojadas de cualquier responsabilidad social y los ayuntamientos, si es preciso, se disuelven. Mientras tanto, a través de las leyes mordaza y el Código Penal, prometen ir ajustando la golilla a los rebeldes e insumisos que se atrevan a cuestionar el nuevo orden.

La reforma laboral permanente es una de las piezas centrales de la ofensiva neoliberal. Al final, han sido ellos, los de arriba, quienes han decidido asaltar los cielos. Y en su utopía capitalista, claro está, no existen ni el salario mínimo, ni los subsidios de paro o las indemnizaciones por despido. Ni, por supuesto, los servicios públicos de empleo o los convenios colectivos.

El capital, a lo largo de toda su historia, va recreando las condiciones de acumulación y esquivando los estancamientos y declives de la tasa de ganancia. Y, para ello, impone «mediante leyes grotescas y terroristas la disciplina necesaria al sistema del trabajo asalariado». Es lo que ocurre en ese momento esencial que Marx denominó acumulación originaria:

La burguesía ascendiente necesita y utiliza el poder del estado para «regular» el salario, esto es, para mantenerlo forzosamente dentro de los límites convenientes a los fabricantes de plusvalía, y para prolongar la jornada de trabajo y retener al propio obrero en un grado normal de dependencia.²

Hoy, como ayer, el Estado se convierte en el garante de que la lógica inmanente del sistema no sea alterada.

Las reformas laborales de las últimas décadas han ido cumpliendo minuciosamente el programa neoliberal, descuajando las conquistas obreras, horadando los derechos sociales. La multiplicación de contratos temporales, los «pensionazos» o la legalización de las ETT han sido algunos de los engranajes del meticuloso desmantelamiento. En *Sin trabajo, sin derechos, sin miedo*, los autores realizan un análisis penetrante de ese dispositivo de dominio que constituyen las reformas laborales, centrándose especialmente en las devastadoras consecuencias de la última de ellas, la de 2012.

El libro es especialmente útil porque no se instala en el terreno académico ni en la crítica abstracta del capitalismo. Hace falta un análisis concreto de la opresión concreta, de la lucha de clases de nuestros días, de los mecanismos que organizan aquí y ahora la subordinación y la explotación de nuestra clase. Y, como los autores indican, la reforma laboral no es «una mera acción técnica», sino un laboratorio para disciplinar a la clase obrera, un instrumento de poder empresarial que busca «generalizar una nueva clase asalariada precaria». Las agencias privadas de colocación, el contrato «indefinido» para emprendedores, el abaratamiento del despido o el desguace de la negociación colectiva constituyen «la forma históricamente determinada que hoy adquiere el control patronal sobre el proceso de trabajo».³ Por un lado, la coacción muda de la miseria, la formación del

ejército de los lázaros de la clase obrera; por el otro, la disciplina locuaz de la legislación que garantiza el miedo y la dominación de clase. Las palabras de siempre (paro, pobreza, emigración, desahucio) y otras nuevas (precariedad, externalización, *free-lance*, CIES o Centros de Internamiento de Extranjeros) se anudan para nombrar hoy la dictadura sobre el trabajo asalariado.

Sí, este es un libro sobre la lucha de clases, uno de esos conceptos sistemáticamente deshonrados y, todavía hoy, apenas pronunciable en cualquier tribuna de prestigio. Ha tenido que venir uno de los tiburones de Wall Street, Warren Buffet, a recordárnoslo y a sacarnos de la larga modorra posmoderna: «Hay una lucha de clases, por supuesto. Pero es la mía, la de los ricos, quien la dirige. Y la estamos ganando».

Porque ellos, los que dominan, tienen plena conciencia de la pelea, de la encrucijada histórica en la que nos encontramos. Al profesor de historia Juan Andrade le gusta recordar, parafraseando al historiador británico E.P. Thompson, que:

La conciencia de clase nace cuando los obreros reflexionan colectivamente acerca de sus experiencias de explotación y, sobre todo, de sus experiencias de lucha.

No basta con constatar la bajeza moral de quien grita «¡Que se jodan!» contra los parados (la diputada Andrea Fabra) o de quien afirma que los subsidios de

desempleo generan parásitos (la presidenta del Círculo de Empresarios, Mónica de Oriol). Son, al mismo tiempo, una demostración de la determinación del enemigo, de su «audacia» y su conciencia de clase. Ellos sí reflexionan colectivamente sobre cómo nos explotan y de qué manera, mediante la más decidida lucha de clases pueden seguir haciéndolo.

Pero también en nuestro campo crece la conciencia y la determinación. Dicen los autores que debemos aspirar a «crear una enorme, cohesionada e inteligente fuerza popular». Y que para ello debemos «discutir sobre cómo unirnos, sobre qué hacer y sobre cómo crecer y combatir juntos». Las Marchas de la Dignidad que culminaron con el gran aldabonazo del 22 de marzo de 2014 representan hoy una esperanza para millones de personas. El camino de la unidad es transitable, podemos construir un gran movimiento, un contrapoder popular que haga frente a los poderes económicos y políticos.

A mi modo de ver, cinco son las características de las Marchas de la Dignidad que señalan la enorme potencialidad del movimiento. La primera de ellas es que estamos ante un movimiento construido desde abajo y por los de abajo. Como dice Javier Mestre: «Por primera vez en mucho tiempo, el corazón del movimiento está en los pies de la clase obrera». Los jornaleros del Sindicato Andaluz de Trabajadores (SAT), las personas en paro de los Campamentos Dignidad, las desahuciadas y desahuciados de las Plataformas de Afectados de las Hipotecas (PAH), los trabajadores inmersos en largas huelgas

como los de la Coca-Cola o Panrico, los interinos de las Mareas Verde o Blanca, constituyen la argamasa inicial del movimiento, junto a organizaciones como el Frente Cívico, ATTAC o el sindicalismo de lucha, entre otros. Es a partir de ahí, de ese nuevo y abigarrado movimiento obrero, contra el paro, la precariedad y los recortes, desde donde se construye una alianza amplia de fuerzas sociales, sindicales y políticas, saltando por encima de los corporativismos. Una segunda característica es *la creación de formas nuevas de unidad*. En las Marchas de la Dignidad conviven el carácter de movimiento y la coordinadora de organizaciones, en una dinámica no exenta de contradicciones pero que, al tiempo, es capaz de incorporar lo mejor de las luchas producidas en los últimos años. Bebe del impulso asambleario del 15-M pero se propone superar sus principales bloqueos (falta de concreción programática y de estructuras de continuidad). El tercer rasgo que habría que subrayar es su *capacidad para aunar el pan cotidiano y el horizonte estratégico*. Y hacerlo de una manera que combina sencillez con radicalidad. Los tres puntos fundamentales (trabajo digno y renta básica; casa y servicios públicos; no al pago de la deuda) condensan los principales problemas ciudadanos con aquello que está en el origen de casi todas las agresiones, las políticas «austericidas» de la troika. La Marcha ha conseguido convertir la deuda pública en un debate de masas. Hoy son ya millones de personas quienes intuyen que, sin cortar el nudo de la deuda, no hay salida. En cuarto lugar, el movimiento

ha de componerse de convocatorias pero, sobre todo, de *comunidades de lucha*. El movimiento son las corralas, la obra social de la PAH, los centros sociales, los Somontes, las redes de solidaridad popular, los campamentos dignidad, las despensas solidarias, los frentes cívicos, las plataformas por lo público, en definitiva, todo ese tejido cotidiano de lucha y de resistencia que el pueblo está creando. Y por último, es *un movimiento destituyente*, un movimiento de ruptura que se plantea como objetivo hacer caer a los gobiernos de la troika y que, al tiempo, cuestiona el régimen del 78.

Desde antes de llegar a Madrid el gobierno trató de criminalizar a las Marchas. Más tarde, su nerviosismo ha sido patente: más de 120 detenidos en movilizaciones posteriores, órdenes de desalojo de la Corrala Utopía, de la Acampada Dignidad de Córdoba, de centros sociales como la Escuela Taller de Alcorcón... Pero la represión es el síntoma certero de que, al fin, el miedo empieza a rondar también los palacios.

En la política el cerco es recíproco, a pesar de todas las apariencias, y el mero hecho de que el dominante tenga que sacar a relucir todos sus recursos prueba el cálculo que ha hecho acerca del adversario.⁴

La lucha no ha hecho más que comenzar. La Dignidad es la compañera del pueblo, la bandera que nos une. Con ella, venceremos a los terratenientes del trabajo ajeno y del miedo.

Referencias

1. Ver por ejemplo el documental libre y financiado colectivamente «Fascism INC» de Aris Jatsistefanou. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=-L5Xlgc8S2Q>
2. Marx K. El capital (obra completa). Crítica de la economía política. Madrid: Akal, 2000.
3. Gaudemar JP de. El orden y la producción: nacimiento y formas de la disciplina de fábrica. Madrid: Trotta, 1991.
4. Gramsci A. Antología (Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán). México: Siglo XXI, 2005.